

an- por los candidatos de sus afecciones, esforzándose porque el Partido Nacional, el Partido de las grandes heroicidades, y de los grandes sacrificios, esté representado en la cosa pública por hombres de carácter, sin flexibilidades en el espinazo, ni miedos en el corazón.

«A raíz de la revolución, después de haber consumado los mayores sacrificios en la redentora campaña donde han caído tantos buenos, se nos invita a ejercer los actos del sufrimiento, creyendo encontrar a nuestro partido en plena anarquía y en plena descomposición. Pero, el partido a pesar de todas las vicisitudes sufridas, a pesar de las duras pruebas á que ha sido sometido, resurge poderoso, fuerte y altivo, ofreciendo a sus coafiliados la seguridad de su orgullo indomable, la confianza de la estrella que guía sus destinos, y la ventura indecible de continuar salvando la nación. Continuemos la obra, sigamos hasta el fin, haciendo propaganda en los clubs, en los libros, en los periódicos, en las reuniones y difundiendo nuestras ideas, para que se esparzan en la sociedad, derramándose en torrentes por entre la inmensa muchedumbre.»

«Debeis luchar en el terreno pacífico, como luchasteis en el terreno práctico de la fuerza contra la fuerza: tenéis para ello, para vuestra defensa, para exponer vuestras ideas, esta tribuna que se abre para vosotros, donde podreis hacer la gran gimnasia del pensamiento y de la palabra.»

Cuando Roxlo tomó la palabra, cuando empezó a hilvanar esas frases que convencen y electrizan, el delirio se apoderó de todos y las aclamaciones llenaron la sala, interrumpiendo a cada momento al conferenciante. En otro lugar damos cabida a una parte de su brillante discurso.

En seguida se procedió a la elección de la Comisión Directiva del Club, votándose por unanimidad la lista que damos a continuación. Por moción del señor Tomás Patrón, se votó por aclamación, para presidente honorario, al prestigioso general Gerónimo de Amilivia.

CLUB «GENERAL SARAVIA» DE LA 2.^a Y 3.^a SECCIÓN.—Comisión Directiva
Presidente honorario: general Gerónimo de Amilivia.

Titulares—Carlos Roxlo, presidente; Eduardo Ferrería, vicepresidente; Tomás Patrón, secretario; Joaquín de Gatica, prosecretario; Armando A. Favaro, tesorero.

Vocales — Antonio F. Martorell, Carlos de la Vega, Leopoldo Barrera, Roberto P. Morelli, Ramón Blanco.

Suplentes Doctor Juan B. Morelli, presidente; Pedro S. Casaravilla y Vidal, vice presidente; Nicolás Patrón, secretario; Serafín González, prosecretario; Juan C. Barras, tesorero.

Vocales—Salvador Estradé, Félix de la María, José Lorenzo Rodríguez, Francisco Garayalde, Luis A. Chavancu.

Comisión Fiscal.—Titulares—Marrío Cibils, Pedro Volpe, Felipe Piñeyro. Suplentes—Teodoro M. Pereyra, Pedro Sierra, Juan C. San Roman.

Se resolvió dar conferencias semanales, debiendo tener lugar la primera de estas, el sábado próximo, en la que harán uso de la palabra los señores Carlos Roxlo, Eduardo Ferrería, Pedro Turenne, Fernando Gutierrez y Washington Beltran.

La comisión del club se reunirá el lunes a las 8 y 1/2 p. m.

SERGIO W. BERMUDEZ

Este inteligente compañero de tareas se ausentará pasado mañana para la villa del Rosario, con el objeto de tomar a su cargo la redacción de nuestro colega homónimo, de aquel punto.

Al deplorar el alejamiento del joven Bermúdez, nos consuela la convicción de que *La Democracia* del Rosario caerá en buenas manos y de que nuestra causa partidaria ha de tener allí un firme baluarte.

TUPAMBAÉ

(Del diario de la campaña)

(CONTINUACIÓN)

El E. M. y Cuartel General avanzaron al centro, el cañón y ametralladoras con la 14.^a División, (plantel de infantes) la sanidad militar repartida en diversos puntos, y el parque quedó junto a las columnas desarmadas, libre del plomo enemigo.

Con estos cinco mil combatientes se formaron cuatro líneas de ataque y de protección, guardando distancias de 300 a 500 metros.

Las guerrilla: enemigas tendidas en el valle, se retiraron hacia la cerrillada para esperar el ataque; a la voz de «pie a tierra y a la carga», la Izquierda y centro nacionalistas abandonaron los caballos, para avanzar corriendo, y trasponer jadeantes y sudorosos varias cuevas; mientras el ala derecha cargaba resueltamente al galope de sus cabalgaduras.

Fué un momento de general expectación y ansiedad que terminó ante el estruendo de diez mil fusiles que parecían rabiosos antros de fuego por donde se escaparan imprecaciones de muerte y amenazas de exterminio.

En aquel instante, el hombre cedió su puesto a la fiera y el coraje hizo gritar al oficial hasta ahogarse su voz, correr al soldado haciendo fuego, cargando y descargando el arma en movimientos nerviosos y convulsivos, con los ojos irritados y el rostro bañado de sudor y avanzar en conjunto a la ola humana, temible, imponente, arrolladoral.

El general había dicho: «avancen»

y así cumplió el ejército su orden, sin hallar dique a su empuje, bramando de coraje, hasta llegar próximo al cañón del fusil enemigo que esperó la violenta acometida, como resiste la roca a la ola que la baña y el muro al viento que furioso le embiste.

Ese fué el choque. La violencia del fuego no cesó un instante y hubo una alternativa dolorosa para los combatientes, que trabaron la lucha a tiro de pistola, donde se repitieron mil guapezas, mientras el sol, como una roja pupila ensangrentada, declinaba hacia el ocaso, y allá a lo lejos, los picachos de «Los dos Hermanos» se herguían arrogantes, como mudos testigos del duelo fratricida.

«A la carga muchachos», avancen indios,—eran los gritos que podían escucharse en aquella baranda infernal, donde el padre pasó por el lado del hijo herido y el hermano moribundo para avanzar siempre por sobre los cadáveres, por sobre todo.

Sin embargo, el enemigo no retrocede y la consigna es: avanzar. Deshecha una guerrilla nuestra y sin munición, avanza la protección y el duelo continúa.

Se nota en este instante que el ala derecha (coroneles González y Juan José Muñoz) arroja a aquella parte enemiga y entonces el combate se encarniza y se carga con furia de muerte.

Se dobla el empuje del centro y los coroneles Berro y Gutierrez logran subir la falda de un cerro; los gubernistas ocupan una manga de piedra y después de una lucha desesperada, huyen desalojados por el coronel Marin, produciéndose en esta parte de la línea la retirada enemiga.

En cambio a la izquierda, la lucha es más tenaz, el fuego más violento y llegan instantes en que aquello toma los caracteres de una tragedia antihumana.

Los del gobierno, posesionados del cerro que dá al camino, lo defienden con bravura y solo retroceden paso a paso, con grandes claros en las filas y acosados por un fuego mortífero.

La lucha se traba cuerpo a cuerpo, al punto de que el coronel Basilio Muñoz, que ha tomado personalmente un clarín prisionero, tiene que defenderse a sablazos.

La ascensión al cerro continúa, el sol se oculta y a la escasa claridad de las estrellas, solo se distinguen dos líneas de fogonazos muy próximos, y más confusamente seres humanos que avanzan por aquí, caen desplomados por allá, se estrujan por acullá,

En esta parte de la línea se encuentra el general, que ronco de coraje, aún manda avanzar, cuya orden se cumple llevando la última carga hasta la cumbre del cerro, donde ha poco el enemigo estaba posesionado.

El fuego entonces cesa. La noche y la espesa humareda que la hace más oscura, oculta al gladiador vencido, que herido de muerte ha traspuesto la cerrillada, cerrando sus bocas de fuego, por donde momentos antes ha vomitado plomo y metralla!

Ha peleado como bueno, pero ha sido vencido. En premio a su bravura, la noche le protegió evitándose el desastre; que también la noche es dulce y bienhechora amiga que tiende sus negras alas sobre la arca negra del dolor y el infortunio!

Dos horas más de sol y la derrota hubiera sido completa, inevitable, apesar del coraje enemigo y de su terco empeño por defender el campo.

La luna en cambio, asomó pálida, y taciturna é iluminó con sus plateados rayos al sangriento teatro.

El furor dejó su puesto a la piedad y muchos ojos que anteriormente destellaron odio implacable, ahora vertieron lágrimas amargas y sinceras, sobre compañeros caídos, que allí, con sus cuerpos exánimes, ofrecían un cuadro de dolor y luto!

Nunca mayor emoción ajitó mi espíritu y ante muchos despojos no puedo menos que descubrirme con respeto, mientras cubri con mi bandera a un camarada de la infancia, que descalzo y roto, parecía dormido sobre el cesped, mostrando en su cara la sangrienta huella del plomo enemigo.

Así son las masas populares: ora las agitan sentimientos de exterminio, ora rien regocijadas, ora lloran amargamente!...

Pero estas transiciones son rápidas. Allá, a lo lejos, se ven humear fogones donde los compañeros esperan ansiosos y el deseo de espontanearse, impulsa a los que ha poco combatían, a dejar el campo, ya sea para abrazar con júbilo al padre, al hermano ó al amigo, para alimentar el físico extenuado ó para recibir simplemente un oportuno chistes.

Guardias quedaron sobre el enemigo, cuyo campo permaneció siempre oscuro sin que un solo fogón se vislumbrara en la negrura que lo invadía.

Un exceso de confianza hizo creer que se retiraría en la noche, por lo que muchos de nuestros compañeros abandonaron las posiciones adquiridas con tanto sacrificio, imprudencia que — como explicaré más adelante — nos ocasionó perjuicios.

(Continuará.)

ISMAEL CORTINAS.

PARTIDO NACIONAL

CLUB NACIONAL

Bajo la presidencia del doctor Manuel Quintela y con asistencia de los señores Enrique Legrand, José María Sierra, Eugenio G. Briand, José María Uriarte, Francisco Requena y García,